

—Existe una coordinadora de pueblos abandonados denominada «Movimiento Rural Alternativo», pero nosotros funcionamos por nuestra cuenta de manera un poco anárquica. Yo me fui a Matallana porque no quería saber nada de trámites y burocracia. El único requisito para estar viviendo allí es una cuota anual de 10.000 pesetas que pagamos a Icona y no nos da ningún derecho sobre lo que allí hagamos. Las tierras están arrendadas como pastizales a los vaqueros de los pueblos próximos.

Somos unas siete personas, todos hombres, los que componemos la asociación, y vivimos permanentemente allí. Algunos vienen a visitarnos, pero después se marchan.

Las decisiones se toman de manera conjunta entre los asociados y los que casualmente se encuentren allí. Nuestro objetivo es alcanzar la vida. Nuestro nivel social y de conocimientos es muy parecido, así como la edad.

Pretendemos asimismo, que vayan parejas y mujeres a vivir con nosotros, pero las que nos visitan no se atreven a quedarse, dicen que no hay nada y nos preguntan en qué va a terminar todo esto.

Tenemos algunos proyectos pero están a años luz, hay que empezar con metas cortas que son más numerosas que las grandes.

Cada uno de nosotros tenemos una casa y además otra común que utilizamos para reunirnos y trabajar. No tenemos televisión, eso es una invasión, nos negamos, sabemos cómo están en la ciudad, todos colgados.

—¿Tenéis un horario organizado?

—No, cada uno se levanta cuando quiere, y si no quiere hacer nada no lo hace.

—¿Cómo os comunicáis con el exterior?

—Tenemos que andar muchos kilómetros para, por ejemplo, recoger el correo lo hacemos en Mata La Rana, a unos ocho kilómetros. Cuando vamos a casa de nuestros padres, tenemos que andar kilómetros y kilómetros hasta llegar a las vías asfaltadas y coger transporte público. Para llegar en coche hasta allí es muy difícil, porque hay casi 40 kilómetros de veredas y caminos de dificultoso acceso.

Cuando viajamos, a veces, lo hacemos para traer comida que no tenemos aquí y las personas que nos visitan también nos llevan comida.

—¿Cómo os ven los habitantes de aquellos lugares?

—Los nativos de los pueblos cercanos nos aceptan pero no comprenden, no entienden que hayamos dejado las comodidades en nuestras ciudades.

Gracias, Julián.

Esperamos que tengáis suerte y sobre todo que encontréis el apoyo que necesitáis.

Julián. Quiero decir tan sólo que lo que hemos conversado y yo os he contado, es particularmente mi opinión y experiencia personal en Matallana.